

Rosa blanca

# El tropiezo de Gavaldón con la censura

AGUILAR Y CABRERIZO

Las gentes del rancho Rosa Blanca no cuentan con un líder ingenuo con poderes sobrenaturales para rechazar la invasión depredadora del capitalismo, como había previsto De Sica para los chabolistas de *Milagro en Milán*. Pero, al igual que la película fundacional del neorealismo fantástico, *Rosa blanca* es un apólogo moral con su bueno buenísimo y su malo malísimo. El primero —encarnado por Ignacio López Tarso— es un hombre rural apegado a la tradición y la familia, defensor del sentido común y de unos valores a escala humana. El segundo —interpretado por Reinhold Olszewski, fundador en Chile de la compañía teatral Deuts-



CLASIA FILMS MEXICANALES, S.A. PRESENTA  
IGNACIO LÓPEZ TARSO y CHRISTIANE MARTELL en "ROSA BLANCA"  
con REINHOLD OLSZEWSKI y RITA MACEDO • A COLORES • Distribuida por Azteca Films, Inc. • A1557  
PRINTED IN U.S.A.

chen Kammerspiele— es, como el logotipo de la Condor Oil que preside, un carroñero cuya supervivencia depende de su capacidad de rendir cuentas ante sus socios multinacionales. Estamos en 1937 y las inversiones de la compañía petrolífera estadounidense en Veracruz tropiezan con la resistencia numantina de este hombre que no está dispuesto a vender el futuro de su gente. Pero la codicia del empresario no conoce límites y cualquier estrategia, incluso el asesinato, es válida para alcanzar sus objetivos.

Frente al carácter monolítico de estos dos personajes centrales, Gavaldón y Emilio Carballido —que ya habían colaborado el año anterior en la adaptación de otro relato de B. Traven, *Macario*— crean una memorable galería de comisionistas, mandaderos, correveidiles y sicarios. El resto son escenas paralelas en las que a la junta de accionistas de la compañía petrolífera se yuxtapone un encuadre análogo de la cena en la humil-

de casa veracruzana, a la modestia del porche de la finca mexicana, la apabullante monumentalidad estalinista del edificio sede de la multinacional estadounidense. Aunque la escena de clausura recupere la mordiente crítica de la fábula —los yanquis buscarán nuevos recursos allá donde sea necesario, como el Golfo Pérsico, sin ir más lejos—, la cinta ha culminado con un montaje de propaganda patriótica en la línea del cine político más discursivo que alienta la nacionalización de los recursos petrolíferos por el presidente Lázaro Cárdenas. No valieron ni las excelentes relaciones de Gavaldón por el PRI ni los veinticuatro años transcurridos desde los hechos narrados: los intereses de Estado y las alusiones a políticos aún en activo abocaron la película a su prohibición. *Rosa blanca* se verá condenada a dormir el sueño de los justos hasta que el partido de gobierno termine permitiendo su proyección en 1972, once años después de su rodaje.

El rebozo de Soledad

# Nada cubre la pena

ANGEL ALDARONDO

El rebozo mexicano es una tradicional prenda de vestir femenina, una especie de mantilla con la que las mujeres cubren sus hombros y cabello. Soledad es el nombre de una abnegada mujer de rebozo raído, pretendida por los hombres que habitan este melodrama rural. Estamos ante un título fácilmente interpretable, que habla no solo del desamparo de Soledad, sino de la orfandad moral de sus protagonistas.

Gavaldón no es director de prólogos, y sin perder un fotograma nos presenta al afligido médico Alberto Robles en plena crisis existencial, económica y deontológica. Ha abando-

nado su pueblecito natal para labrarse una carrera de éxito en la gran ciudad, y se dirige meditabundo a una entrevista en un elitista hospital. Mientras espera a ser recibido, le hacen llegar un diario escrito por su amigo el sacerdote del pueblo, un libro manuscrito cuya lectura servirá como vehículo para contarnos su triste historia en modo *flashback*.

El doctor Robles es conocido por ser un hombre severo pero humanitario, un idealista intransigente con toda injusticia social. Junto a su amigo, el rancharo Roque Sauzo, hombre asilvestrado e impulsivo, harán frente a los abusos de poder del cacique local. No es este el único enemigo con el que el reputado doctor debe lidiar.



El fanatismo religioso, la superchería popular, el yermo cultural del pueblo, son cuestiones atávicas que esperan a nuestro hombre de ciencia.

Pero el drama romántico estalla cuando la cimbreante Soledad se cru-

za en el camino de los dos amigos. La mujer sentirá atracción por ambos, albergando la duda entre refugiarse bajo la protección del hombre racional o dejarse arrastrar por la pasión que despierta el impetuoso rancharo.

Es en el retrato del triángulo amoroso donde Gavaldón muestra su pericia, y pesar del característico estilo recio del director, el trazo con el que dibuja a sus personajes es mucho más rico en matices de lo aparente.

Cuando el espectador ya se ha acomodado en el clásico drama costumbrista, Gavaldón nos mueve la butaca para rebozarnos en la eterna disyuntiva entre el bien y el mal, la razón y la pasión, con matices allende el vulgar melodrama histriónico. Rodado en un refinado blanco y negro, con planos de suntuosa composición casi expresionista, Gavaldón confecciona un guion tan titubeante como el carácter de sus personajes. Un hosco tapiz que lo cubre todo de fatalidad, pero que se permite costuras por donde se filtra algo de luz, incluso alguna segunda oportunidad.

SADE PRÓXIMAMENTE EN NUESTRAS SALAS DE CINE



Donostia Zinemaldia  
Festival de San Sebastián  
Colaborador

